

LAS MÁQUINAS DE HILAR

Diego Sánchez Riquelme

UNA de mis manías después de la desastrosa desaparición de la sala de la conserva vegetal del Museo de la Huerta, es la vuelta a la colocación de las vitrinas que había, con el mismo diseño y con la misma dimensión que las que había en un principio, idea que salió de la cabeza bien amueblada de D. Manuel Jorge Aragonese, que por cierto en 1967 fueron dieciocho el número de vitrinas construidas y colocadas artísticamente a lo largo de la sala, de las que en su inauguración habían catorce con productos expuestos por las principales firmas conserveras de la región, en especial de Alcantarilla y Molina de Segura y alguna de Murcia, aunque también estaba representada, Archena, Ceutí y Lorquí y alguna otra población más que no recuerdo.

Si en 1950 eran 250 millones de pesetas de aquéllas en su época con su poder adquisitivo, cuántos serían hoy los millones de pesetas la producción de la conserva que se cierra en botes para su exportación al extranjero y para el consumo nacional en el tomate, albaricoque, melocotón, ciruela, mermeladas, confituras, guisantes, alcachofas, pulpas y precocinados con estos productos que modernamente se preparan. Estos datos lo sabrá mejor que nosotros la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Murcia. Fue un acto de la economía regional, el hacer desaparecer la sala de la conserva en el Museo, cuando precisamente Alcantarilla es la pionera de esta fabricación desde 1897 que pronto hará un siglo. Y precisamente en esa sala, ha-

bíase donado por el hijo del fundador de la fábrica D. Juan Esteva Canet —su hijo D. Juan Esteva Salom— un rudimentario banco partididor de melocotón, un torno para cerrar botes a mano y un equipo de estañadores y hornilla de carbón que desaparecieron de la sala sin saber quien se lo llevó.

El Ayuntamiento de Alcantarilla, cedió a su debido tiempo cada una de las vitrinas a cada uno de los fabricantes que desearon exponer sus fabricados en el Museo, cuando estábamos en los tiempos de que el gentío de público era un hervidero que pasaba por el Museo, tanto de españoles como de extranjeros. Actualmente al haber disminuido las fábricas de conservas vegetales de forma alarmante, aún quedan suficientes para que las que quedan que son las que han resistido en potencia la supervivencia, estuvieran representadas en esta sala del Museo por lo menos en algo más de media docena adornada con una colección de cuadros al óleo o acuarela con motivos huertanos exclusivamente uno por cada uno de los pintores que existen en la región hasta rodear las cuatro paredes de que se compone la sala, una vez que las tartanas y carruajes que allí están de forma provisional en estos momentos fueran trasladados a un lugar techado y guardado por el valor y mérito que estos carruajes encierran en la actualidad.

Por tanto, creo que habría que trabajar en este sentido para recuperar tanto la sala de la conserva que está, como Sala IV en las instalaciones primitivas del Museo para que no se pierda el punto de vista

histórico; y también construir el recinto cerrado y expositor de todos los carruajes que existen en el Museo, en su mayoría al aire libre con el problema del sol y las lluvias que alguna vez se tendrán que producir en esta zona de varios años seguidos de sequía y de crisis de humedad y adversidad. Así nuestros descendientes conocerán con más razón lo que nosotros ahora estamos en ocasión de hacer: que la historia hay que escribirla para después conocerla y ellos no nos perdonarán el ignorar lo que ellos pudieran saber. Yo

les brindaría al Ayuntamiento de Alcantarilla, a los directivos de esta Asociación, a las fuerzas públicas y a quien sea, la ocasión que tenemos todos de cooperar poco a poco, sin prisas pero sin pausas ni descansos, en completar y dotar al Museo de todas aquellas dependencias y contenidos necesarios para hacerlo más completo y más en consonancia con las muestras de un Museo moderno y amplio, aunque su misión sea de exposición retrospectiva, antropológica e histórica en sus formas y en su fondo.